

ANSELMO SALVA

EL DÍA DEL SEÑOR
EN BURGOS

BURGOS.—1906.

Hijos de Santiago Rodríguez.

AL SEÑOR

EL DIA DEL SEÑOR
EN BURGOS

1880

EN LA TIENDA DE...

DGCL
A

EL DÍA DEL SEÑOR

EN BURGOS

POR

ANSELMO SALVÁ



BURGOS.—1900.

IMP. Y LIB. DE HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ,
Pasaje de la Flora, núm. 12.

C. 1185371
T. 145257



R.112233

EL DIA DEL SEÑOR

I.

A la feria quinta, después de la octava de Pentecostés, según el preciso, constante y severo lenguaje de la Iglesia, corresponde la fiesta del Santísimo Sacramento.

Cae, pues, en plena primavera; se celebra en un jueves que es, de los tres jueves grandes que tiene el año, el más bello, y se acompaña de toda la hermosura, pompa y esplendor de la naturaleza.

El Santísimo Sacramento fué instituido en el día de la Cena, ese otro jueves grande de los tres grandes jueves que el año tiene; pero la celebración del Santísimo Sacramento en el día de la Cena ha de ser triste, porque se conme-

conde, en que la dicha humana se vislumbra, en que la felicidad absoluta se presiente.

Parece que Dios, en presencia real y verdadera, no ha estado en todo el año entre nosotros, y que en el día de esa fiesta viene. Le esperamos, pues, como trastornados por la buena nueva de su venida; le esperamos lo mismo que se espera al sér más querido después de ausencia muy larga; y nos sentimos tan contentos porque vamos á verle, que nuestras penas se amortiguan, nuestras preocupaciones se desvanecen, nuestros negocios se olvidan.

Porque, sí; cierto es que le tenemos á todas horas en la Iglesia, que hasta podemos tenerle, cuando queramos, dentro de nuestro propio cuerpo; pero la alegría que eso causa es íntima, silenciosa, oculta. Solamente cuando se presenta en el día propio de su fiesta, por medio de las calles, bajo el cielo limpio, con el sol esplendoroso, entre los verdores frescos

de la vegetación y los aromas suaves de las flores, entre los adornos varios de nuestras viviendas y los homenajes diversos de todos los séres; solamente así produce la alegría expansiva, bulliciosa, inquieta que se observa siempre en el día del Corpus.

Consiste sin duda, no solamente en que semejante día es el día del Señor, sinó en que la fiesta significa el triunfo que el Santísimo Sacramento obtiene sobre el Universo entero, sobre todas las potestades, sobre todo cuanto existe. Es una fiesta verdaderamente triunfal. Los fieles de Cristo queremos que Cristo reine, que para reinar triunfe de sus enemigos; y así, cada año, al venir el día del Corpus, viendo que Cristo sigue triunfando y que Cristo sigue reinando, como á rey nuestro y como á triunfador sobre toda fuerza y sobre toda enemistad, le aclamamos, le vitoreamos, le festejamos llenos de satisfacción y llenos de entusiasmo.

III

Dios sale de la que es su casa en la tierra por algunos otros motivos.

Sale, por ejemplo, cuando algún enfermo que se halla en peligro de muerte necesita el Viático para la eternidad.

¡Qué diferencia entre esta salida y la salida en el día del Corpus!

El aparato en el día del Corpus es fastuoso, risueño, placentero; el aparato en un día de Viático parece triste, lastimero y medroso. En el primer caso sentimos la plenitud de la vida y el ansia de la felicidad; en el segundo caso sentimos la proximidad de la muerte y la incertidumbre del ulterior destino.

En el día del Corpus Dios pasea por nuestras calles entre risas y entre esperanzas, y solamente oye himnos para loarle y glorificarle;

en el día del Viático Dios visita nuestras casas entre lágrimas y entre temores, y solamente oye salmos para pedirle compasión é indulgencia.

Sin duda en el primer día nos acordamos de que es nuestro Rey, y en el segundo día nos acordamos de que es nuestro Juez. Y nosotros, que queremos seguir á un Rey cuando sabemos que no hay otro más misericordioso, temblamos al presentarnos ante un Juez cuando sabemos que no hay otro más justiciero. Recibimos gustosos la misericordia porque ella es siempre nuestra suprema necesidad; recelamos á menudo de la justicia porque ella puede ser nuestra condenación.

De la manera que es de creer que cada uno, en el día de su Viático, recibe á Dios en su casa y en su cuerpo, esto es, con el alma limpia, así deberíamos hacer á Dios el recibimiento en nuestras calles en el día en que se nos manifiesta triunfante.

Porque resulta muy extraño que cuando el Señor se nos presenta como triunfador del pecado y de todo mal, nosotros nos ofrezcamos ante su vista cargados de males y de pecados sin avergonzarnos y sin estremecernos.

Ni la limpieza de nuestras calles, ni el engalanamiento de nuestras moradas, ni la novedad de nuestros vestidos, ni las flores que arrojamos, ni los loores que decimos, nos hacen dignos de contemplar al Señor en su día, de seguir al Señor en su triunfal paseo. Para esto sería necesario limpiar el corazón de ruines afectos, engalanar el alma con sencillas virtudes, vestirse la túnica del penitente, echar la flor de los buenos pensamientos y el fruto de las buenas acciones, decir la verdad, dirigirse al bien.

En la hermosa solemnidad del Corpus todo es, en efecto, alegría, todo es alborozó, todo es cántico, todo es entusiasmo; pero quienes se alegran y se alborozan y cantan y se entusias-

man son la fé, la devoción, la virtud, la buena voluntad. El pecador cargado de sus pecados, allí solamente puede y debe sentir la pena de su estado, el vencimiento de sus esfuerzos, la pérdida de su dicha.

En la imponente solemnidad del Viático, todo parece, en efecto, tristeza, todo miedo, todo lloro, todo amargura; pero quienes se entristecen y temen y lloran y se amargan son acaso los afectos mundanos, los pensamientos egoistas, los intereses terrenales. El pecador que, limpio de sus pecados y arrepentido, recibe á Dios, allí probablemente sólo ha de sentir la caridad para con los que deja, la esperanza de la salvación, la fé en la misericordia divina.

Si en todos los momentos se comprende que Dios es la verdad, en el día del Viático es cuando mejor se entiende que Dios es el camino, y en el día del Corpus es cuando mejor se entiende que Dios es la vida.

Y lo que nunca deberíamos olvidar, lo que siempre deberíamos tener presente, es esa idea que en el día del Corpus tan fácilmente se nos ocurre; la idea de que Cristo es nuestro Rey.

La realeza de Cristo, en lo eterno y en lo temporal, en la Religión como en la sociedad, porque es hijo de Dios y era descendiente de la familia de David, nos impone el deber de la sumisión y de la obediencia. Servir á Cristo en primer término y no servir á nadie contra Cristo, dar señales en toda nuestra vida de que somos súbditos de Cristo, demostrar con nuestra conducta que pertenecemos al reino de Cristo; en eso consiste el que seamos cristianos, nombre que tan sencilla, tan pronta, tan rutinariamente nos ponemos y con tanta dificultad y tan escasamente nos conviene. Como que las leyes de Cristo, las solas enteramente justas y en absoluto perfectas, son las leyes menos estudiadas, menos respetadas y más infringidas.

Por eso es más triste que en el día del Cor-

pus salgamos á rendir homenaje de reconocimiento á Cristo nuestro Rey, que en triunfo pasea por nuestras calles, para seguir después como siempre hollando sus leyes. Hay aquí una contradicción que debe de valer bastante para explicar las desdichas de las sociedades llamadas cristianas.

Y es triste también que, en el día del Corpus, no nos preparemos para el reconocimiento y para el recibimiento de Cristo nuestro Rey, con el mismo Sacramento que tan alegremente celebramos.

Bien sería que aprendiéramos ó que recordáramos cierto pasaje del libro de los Proverbios; aquel en que se dice que la «Sabiduría, habiendo construído un palacio suntuoso sostenido por siete columnas, quiso para ofrecer á los hombres un saludable alimento preparar allí una mesa provista en abundancia de pan y vino, y envió servidores para convidar á los pobres y á los ignorantes á que tomaran una

parte del alimento que les había preparado y que debía hacerles salir de la infancia, vivir la verdadera vida y marchar por las vías de la prudencia.»

Porque, según el testimonio de Martigni, los Santos Padres, conocedores de esa prefiguración que en el Antiguo Testamento se hace de las cosas del Nuevo, consideran que, en aquel pasaje, la Sabiduría representa al Verbo encarnado; el palacio que construyó, la Iglesia; las siete columnas, toda vez que el número siete en las letras divinas es indefinido y significativo de perfección, los Apóstoles; los servidores enviados á llevar las invitaciones, los ministros de la divina palabra; el pan y el vino, la Eucaristía bajo las dos especies, y los invitados, los hombres que pasan por el mundo y van hacia su respectivo destino último.

Pocos días tan á propósito para aceptar esa invitación como el del Corpus; pocos días como el día del Señor para sentarse á la mesa del

Señor. Y si la invitación se nos hace con el fin de que salgamos de la infancia, es decir, de que lleguemos al juicio acertado de las cosas y al convencimiento consiguiente de la verdad; con el fin de que vivamos la verdadera vida, esto es, la vida tranquila, dulce y meritoria que da la divina gracia: con el fin de que marchemos por las vías de la prudencia, ó lo que es lo mismo, por el propio camino que sigue la verdadera sabiduría, claro está que; aceptando la invitación, podríamos ser hombres, ser felices y ser sabios.

IV.

En Burgos ha tenido siempre bellissimo carácter la fiesta del Corpus.

Con ella parece que se inaugura el verano, ese periodo lleno de bellezas, tan á propósito para las galas de la naturaleza y para las efu-

siones del corazón; con ella nos vienen memorias muy risueñas de la niñez lejana ó de la juventud recién marchita; en ella se lucen las galas y se estrenan las principales prendas del traje; para ella se destinan los extraordinarios en la mesa y el goce de algún placer poco usado.

Todos los burgaleses sienten cierta alegría natural desde algunos días antes del de la fiesta; todos notan al esperar ese día algo de impaciencia; todos andan persuadidos de que en cuanto llegue el Corpus gozarán el placer expansivo y noble de las funciones tradicionales.

En los días precedentes, en que dentro de las casas hay mucha ocupación para poner las habitaciones de verano y para ejecutar cosidos y planchados de mucha delicadeza, y dentro de los talleres de modistas, sastres y zapateros un número de encargos imposible de cumplir, parece que la atmósfera está más limpia, y que el sol se ríe, y que la tierra de los paseos

se da prisa á sacar las flores más sencillas y lindas, y que las aves y las aguas entonan los cánticos más alegres y producen los rumores más melódiosos.

El Ayuntamiento arregla y mejora ciertas calles; los tenderos cambian los objetos de sus escaparates y ponen en éstos lo más hermoso y elegante que han traído de los grandes centros; las familias recuerdan *Corpus* anteriores y sobre todo los de los tiempos de la infancia; los novios sienten que su pasión se envuelve en los arreboles de la poesía.

Y los niños, los niños en particular, piensan despiertos y sueñan dormidos sobre lo que ha de suceder en ese día, al que esperan, desde mucho tiempo antes, con ilusión inefable, imaginando lo bonito del vestido que se pondrán y lo maravilloso de los objetos que pasarán por delante de su vista.

Para los burgaleses ha tenido siempre tanta importancia, tanto interés la fiesta del *Corpus*,

que hace muchísimo tiempo juzgaron del caso anunciarla todos los años públicamente por espacio de ocho días, y por espacio de ocho días llenar las calles de la ciudad con el regocijo de la buena esperanza.

Como la Iglesia puso una octava cerrada después de la fiesta, el pueblo de Burgos quiso poner, antes de la fiesta, una octava abierta; abierta para todos los pensamientos y todos los sentimientos que puede inspirar la solemnidad del Corpus.

Quiso también el pueblo de Burgos cumplir el deseo del fundador de tan hermosa solemnidad, que encargaba que, para ella, todo se alegrase, todo cantase, todo diese alabanzas al Señor. Y quiso todavía más; quiso que las gentes se distrajeran un día y otro día de sus cuidados y de sus penas, que no pensaran más que en prepararse para disfrutar la gran fiesta, y que á ésta llegaran olvidados completamente de todo negocio mundano y dispuestos con

tiempo á la satisfacción religiosa de contemplar el triunfo de Jesucristo.

Y en efecto; subsiste (ó ha subsistido hasta el año último), la costumbre de que, desde el jueves anterior al del Corpus, todos los días, muy de mañanita, sale á la calle y empieza á sonar la *gaita* de los danzantes, que no es una gaita, sinó que son dos gaitas, acompañadas por el tamboril indispensable en las populares funciones.

Muy vestidos de domingo el tamborilero y los gaiteros, llevando como distintivo en el negro y amplio sombrero gacho una cinta de seda roja con fleco de oro en los extremos, y guiados por un criado de la ciudad, rinden por la mañana el homenaje de su saludo á todo el Ayuntamiento, para lo cual ejecutan un par de piececitas á la puerta de la casa de cada regidor, entre un buen corro de chicos y con el concurso de la portera, alguna criada y dos ó tres aldeanos de los que acuden á la ciudad

para vender aves, huevos, frutas ó cucharas de palo. Por la tarde, y con el fin de dedicar el anuncio y el obsequio directamente al pueblo y alegrar á las gentes, recorren, tocando, las calles principales de la población, seguidos de una escolta variadísimá de muchachos, que van bailoteando con algazara propia de su edad envidiable.

Durante tales ocho días, casi á todas horas se está oyendo esos sonidos chillones, agudos, penetrantes, agridulces, de la dulzaina de Castilla; casi á todas horas se está oyendo esas sonatas peculiares, distintivas, inconfundibles, de la *gaita* de los danzantes; sonidos y sonatas que son para Burgos una promesa de futuras alegrías, un recuerdo de familia, una prueba de identidad de la población, un testimonio de que todavía no hemos derrochado del todo la herencia de nuestros antepasados.

Chocante es, como piensan algunos, para extranjeros y aun para forasteros, esa música

especial que dura ocho días, esa costumbre propia que cuenta tantos años, porque se presenta á la consideración un doble contraste; el contraste entre una cosa sencilla, casi ruda y los refinamientos de una capital de provincia, y el contraste entre un uso del tiempo viejo y las prácticas tan diferentes de los novísimos tiempos. Pero cuando á forasteros y á extranjeros se les habla del carácter popular y tradicional, de la antigüedad, de la casticidad, de la significación que aquella costumbre tiene; cuando ellos á la vez experimentan el saborete que ofrece al gusto, el aspecto pintoresco con que halaga la vista, generalmente la comprenden y la consideran digna de respeto.

V.

En la víspera del Corpus, en aquel miércoles tan ansiado de los niños, los cuales por la tarde

de ese día no tienen ya escuela, los anuncios de la gran fiesta aumentan, y se observa movimiento desusado en la población, impaciencia, gritos y corridas en la gente del pueblo, algo de particular, algo de extraordinario en todas partes.

Y es porque en la víspera del gran jueves salen á la calle los danzantes y los gigantones, dos cosas tan tradicionales, tan significativas, tan católicas; dos cosas con que la ciudad contribuye á la grandeza esplendorosa de la fiesta.

Con vivo deseo son esperados por todo el mundo los gigantones y los danzantes.

Algunos días antes, los primeros han sido arreglados y vestidos convenientemente, previos la compostura de tal cual palitroque del armazón y el remiendo en ciertas roturas y descosidos del traje, y los segundos han sido instruídos completamente en la danza, bajo disciplina casi militar y con habilidad y paciencia meritorias.

A la puerta del almacén municipal que sirve de posada á los ilustres próceres, se agrupa desde las primeras horas del día incontable número de personas, entre las cuales, por la inquietud y por la bulla, se notan en seguida los chicos, que acaso han cogido monte y llevan sobre las espaldas el cartapacio ó debajo del brazo unos cuantos libros.

Las grandes figuras, cuando al cabo aparecen, originan exclamaciones, risas, gritos, dicharachos, y diversísimos juicios y comentarios; detrás de ellos, y en particular á los lados de las gigantillas, se va casi toda la concurrencia, aunque en algunas casas estén esperando la contestación á un recado, ó los negocios de alguna oficina necesiten la pronta presencia del oficial que ha de cuidarlos.

Por la ciudad se extiende en seguida la noticia de la salida de danzantes y gigantones.

Y cada vez que, á lo lejos, desde la Plaza Mayor ó desde cualquiera calle céntrica, se oye

uno de los toques exclusivos para la danza de los rapaces, ó el *tún-turún-tún-tún* del tamboril de los gigantones, la gritería de los chicos estalla, los balcones y las ventanas se abren, las criadas, los artesanos, los *guillorros* suspenden diálogos y operaciones, y todos corren, afanosos, atropellándose, dando tropezones en alguna esquina, preguntando á voces «donde andan» ó «por donde van», y alarmándose ante el temor de que hayan pasado sin verlos aquellos que son el objeto de la curiosidad y de la simpatía generales. Hasta la gente grave se pára, mira por todos los lados y espera con cierta inquietud, mal disimulada, el gusto de que por donde ella está pasen danzantes y gigantones.

Los danzantes, esos chicuelos infatigables que parecen hoy los mismos de hace mil años, y los gigantones, esas grandes figuras, las solas grandes figuras que nos han quedado, rinden también su agasajo á las Autoridades y al Ayuntamiento, bailando á la puerta de cada

concejal y de cada uno de los señores que ejercen los primeros cargos públicos.

A todas partes los guía y acompaña un criado de la ciudad y los escoltan y custodian algunos guardias municipales. Por cierto, que de aquí si que resulta un contraste bien poco grato. Esos danzantes y esos gigantones que representan la tradición, que nos traen memorias de los antiguos castellanos viejos, que son siempre cosa pura y neta de Castilla, no pueden ampararse ya de la varita alguacilesca que en Castilla recordaba la ley y mantenía el orden, sinó que tienen que ampararse del sable y del revólver que cierta especie de soldado, un día con teresiana procedente de Viena, otro día con casco muy conocido en Prusia ó en Inglaterra, ostenta sobre el uniforme para tranquilidad de los habitantes.

VI.

Tienen los gigantones grandor desmesurado; yerguen unas cabezas, renovadas en el año 1899, que pueden ser consideradas como verdadera y buena obra de arte; llevan lujosos vestidos de rico damasco, hechos en el año 1861, cuando vino á Burgos la reina doña Isabel II, y representan, con caracteres bien estudiados y bien entendidos de país y de época, potestades de las principales partes del mundo.

Con los gigantones salen y han salido siempre las *gigantillas*; antes, dos figuras, varón y hembra, grotescas, ridículas, chocarreras, vestidas con telas de dibujos chocantes, de colores chillones y de formas extrafalarias y adornadas con exagerados accesorios de las modas del año; ahora y desde el citado año 1899,

lindísima pareja de serranos, en caricatura sumamente graciosa é inofensiva, llenos de verdad y de sal cómica, ataviados con propiedad admirable, risueño y como embobado el hombre, satisfechota y picaresca la mujer, y los dos, por efecto acaso del cambio de los tiempos, sin la significación de las antiguas gigantillas.

El sombrero de velludo, enorme rueda vista desde cualquier altura, la capa parda, cumplidita y de tiesísimo cuello, y la vara de fresno que lleva el hombre, hacen creer al vulgo que el tal hombre es el alcalde de uno de los pueblos de la sierra de Burgos. La mujer tiene que ser la alcaldesa. En ella todos los detalles rebosan gracia; la verruga junto á la nariz, el peinado, el pañuelo al cuello, y sobre todo aquella risita tan felizmente copiada, y más aún, aquel meneito de caderas al andar en que su conductor demuestra un perfecto conocimiento de los pasos en que andan, ó mejor

dicho, con que andan las mujeres, entusiasman al público.

Esta pareja, obra del artista Sr. Hernando, en su *estreno obtuvo* un éxito memorable, y llamó mucho la atención de los forasteros, por los que fué contemplada con embeleso, examinada con interés y comentada de muy curiosas y originales maneras.

Los gigantones, aunque próceres tan insignes, personajes tan graves, séres tan superiores, son al mismo tiempo tan sencillos que bailan como criaturas. Y la verdad es que bailan al són que les tocan, y que, según expresión de «Un numen burgalés», lo hacen al compás de un mal tamboril y de una chifla de pastor, tocado todo á la vez por un solo y mismo sujeto, que se distingue también por un sombrerito de cinta roja.

Antiguamente, cuando se gozaba todavía más que ahora con estas fiestas, cuando la sencillez de las costumbres y la veneración á

las tradiciones tanto encariñaban á las gentes con estas cosas, el pueblo atribuía alma y vida á los gigantones, suponía en ellos acciones y sentimientos de persona, los recibía como amigos queridos que le visitaban todos los años, los trataba como á huéspedes respetables que le honraban y le divertían con su presencia. La fantasía popular daba por hecho que venían, como los Reyes Magos de Navidad, unos de una tierra, otros de otra tierra, casi todas muy apartadas y remotas; que no traían más fin que el de rendir tributo de adoración y sumisión al Santísimo Sacramento, y que por sentirse tan satisfechos y complacidos de su viaje, danzaban y bailaban en cuanto llegaban, y danzando y bailando anunciaban su llegada y la fiesta para que eran venidos.

Había entonces nombres particulares, expresiones especiales para los gigantones; había además ciertas historietas sobre sus *personas* no poco graciosas, y había también cantares,

muy malitos por cierto, para cuando los gigantones bailaban, para cuando paseaban y para cuando se estaban parados.

Gusto daba en verdad el oír los cantares de los gigantones por todas las calles, en boca de los mozos y de las mozas, y de la criada cuando barría, y de la lavandera cuando jabonaba, y más gusto todavía el ver cómo se agrupaba la gente al rededor de los famosos próceres cuando se ponían á bailar ante las casas de los regidores, diciendo todo el mundo en coro y con acompañamiento de palmadas:

«Los gigantones, madre,
el día del Señor,
como están tan cansados,
hacen el arrimón.

Alajú, Alajú, gigantones,
menead con sal los talones,
y á compás, con gracia y contento,
á salud del Ayuntamiento.»

La idea religiosa de que para que á Dios le

sean los dones agradables es menester que se le ofrezcan con mente pura, alma limpia y corazón contrito y humillado, originó en el pueblo la ficción de que lo primero que hacían los gigantones, en cuanto llegaban, era ir á confesarse en la Catedral. Y esto servía para que los burgaleses de buen humor embromaran á sus criados lugareños ó á las gentes simples con quienes se encontraban, haciéndoles correr hacia el Santo Templo, con la creencia de que allí habían de ver, en efecto, cosa tan curiosa como la confesión de los gigantones. Bien pronto surge de aquí el recuerdo de las bromas de Navidad, tiempo en que tantas personas joviales hacen correr á las simples hacia diversas partes, con la creencia de que verán sin remedio cosa tan interesante como la llegada de los Reyes Magos.

Fácil es que á los espíritus fuertes de los modernos tiempos todo esto les parezca manjar insípido é indigesto; y sin embargo, de

todo esto se alimenta y se nutre la fé, con todo esto se fortalece y engorda el corazón. Y quizá el que de tales manjares no hayan quedado para nosotros sinó los menuceles, sea una de las causas de que andemos en la fé tan flacos y en el sentimiento tan desmayados, y es una razón para que pidamos al Cielo que esos pobres restos, todavía dulces y sabrosos, se conserven enteros é incorruptos, para que no venga un día á concluirnos la más horrible de todas las hambres, el hambre de Dios.

VII.

Más variedad, más mérito y más interés ofrece seguramente la danza de los danzantes; doce adolescentes, ágiles, listos, bien enseñados, que salen ataviados con zapato blanco, calzón pequeño, sayilla corta y gracioso sombrero, y que han sido presentados en estos

últimos años, ¡ellos, hijos legítimos del Catolicismo y representantes de la tradición castellana!, al estilo de la protestante Escocia.

Son siempre acompañados, y defendidos de la mucha gente que tras de ellos anda, por los *tetines*, tipos burgaleses netos, no vistos en ninguna otra parte, y que, vestidos á lo payaso, con una montera blanca, alta y picuda, con un traje de trozos diversos, y cada trozo de un color, y todos los colores muy subiditos, y provistos además de un zurriago de cerda que se asemeja á la cola de un caballo, reparten á diestro y siniestro latigazos desaforados, ponen orden en las filas de curiosos, forman y mantienen el corro para que los chicos bailen, y bailan también con los chicos, pese á los años que tienen, á los bigotes encanecidos que ostentan y á la procesión que acaso les ande por dentro; porque es de advertir que, ahora, el verdadero oficio de los *tetines*, á más del de mantenedores del orden,

es el de maestros de danza, y son, por consiguiente, los que enseñan á los doce muchachos los diferentes bailes de que consta el repertorio.

Ya no se observa, como antes, el jaleo de los chicos y de algunos talluditos con los tetines. Antes, los chicos tenían como obligación de insultar á grandes voces al tetín, llamándole tetín, berzotas, otros motes peor sonantes y todo lo que se les venía á la boca, haciéndole toda especie de muecas y visajes, burlándole con todo género de tretas, y provocándole por toda clase de medios. El tetín, como si realmente se diera por ofendido, corría con el zurriago levantado tras de los chicos, y entre éstos, que huían gritando y riendo, y aquél, que soltaba sus zurriagazos sin saber en donde y que pegaba muchas veces á la más remilgada dama ó achuchaba el mejor sombrero de copa, armaban un rebullicio y una algarabía que eran el encanto de los tenderos y la gran ilusión de los paseantes.

El afán de la gente del pueblo es siempre el de contemplar con calma los bailes de los danzantes y enterarse bien de los pormenores, cosa no fácil, porque esa misma gente, compuesta de lugareños, artesanos, vendedores, escribientes, niñeras, soldados, chicos y Dios sabe quiénes más, cerca primero el espacio, le invade atropelladamente en seguida, se empuja en direcciones varias, entra y sale en oleadas imponentes, y ni todos los rabos de caballo de los tetines, ni todos los esfuerzos de algunos guardias, bastan para que la muchedumbre haga sitio y se mantenga quieta. Al cabo, y aunque sea en un par de varas de terreno, los danzantes se disponen á la tarea, la dulzaina suena y, con gusto y embeleso manifiestos del respetable concurso, pero sin comodidad para nadie, empieza un baile con castañuelas para que luego sigan esas danzas lindísimas en las que, en combinaciones originales y bellas y con agilidad y destreza admirables, desempeñan los

muchachos el juego de los palos, de los arcos y de las espadas.

Restos son sin duda estas danzas, de otras que, en gran número y con muchísima gente, usaron para toda especie de fiestas los antiguos españoles, y sabido es que, á las que se bailan en el día del Corpus, hay quien las considera como una continuación de aquellas de que se habla muchas veces en el Antiguo Testamento.

La ciudad de Burgos se distinguía antiguamente, en el día del Señor, por la originalidad y el número de sus danzas.

Y es indudable que con las danzas que en Burgos se ejecutaban, se quería poner de manifiesto la concurrencia de las gentes de los campos cercanos, las cuales venían para festejar también al Señor y para contribuir así á que en el tributo rendido al Santísimo Sacramento figurasen todas las clases, todos los elementos sociales, y notablemente el que vive en el seno de la madre naturaleza.

Los danzantes en lo antiguo no eran exactamente lo mismo que ahora. El Ayuntamiento, según se expresa en las actas de sus sesiones, traía de diferentes pueblos numerosas y variadas cuadrillas de danzarines; y como, para esto de la danza, los mozos de Belorado y de Santo Domingo de la Calzada tenían entonces fama en toda Castilla, nunca dejaba de traer de esos dos pueblos algunas cuadrillas. En el mismo Burgos, formaba también alguna.

Todos los danzantes, según la tradición, se presentaban vestidos muy á la rústica, mostrando así su procedencia y la representación que les correspondía. Usaban, como prendas principales, las calzas, el tonelete, el juboncillo y algún vistoso pañuelo ó alguna caprichosa banda, y se ponían en la cabeza sus guirnaldas ó coronas de laurel ó de yedra, con mezcla de varias florecillas silvestres.

Lo mismo en el traje que en los bailes de estos danzarines, se notaban sin duda la sencii-

llez, la espontaneidad, hasta la rusticidad naturalísimas en las gentes del campo, y por la razón de que semejante festejo era y debía ser esencialmente popular y aun campesino, apenas se notaba allí la intervención del arte, como no fuera en la composición de aquellas fáciles danzas y aquellos sencillos ejercicios.

Cuando reunidos en grupo los danzarines de una cuadrilla, tales como ellos eran, caminaban por entre las retorcidas calles, ó cuando en corro muy amplio los de otra cuadrilla, tal como bailar sabían, se preparaban á ejecutar un baile, resultaría seguramente un pintoresco cuadro, lleno de toques rudos y con rasgos enérgicos y vigorosos.

Las cuadrillas de danzantes se repartían por la población; la una ejecutaba diversas danzas y numerosos juegos en unas calles, la otra hacía lo mismo en otras calles, y todas cuidaban mucho de festejar al Corregidor, á los Alcaldes, y á personas poderosas, de aquellas

que llevaban sobre sus nombres graves y sonantes títulos, ó sobre sus espaldas el peso de muy elevados cargos.

En estos últimos años, los danzantes, aunque muchachos de la ciudad, aunque reducidos á una cuadrilla, aunque vestidos algo á lo teatral, aunque un poco desfigurados ya, sin duda por exigencias de la cultura moderna, han conservado con sus zapatillos, su tonelete y su banda, una señal de su origen y de su representación, y han mantenido alguna de las más antiguas danzas y algunos de los juegos tradicionales.

Y en fin, ahora como antes, con esos juegos diversos de los danzantes y el grave y sencillo baile de los gigantones, todo aquel miércoles, víspera de la gran fiesta, se pasa muy alegremente; todo aquel día duran los chillidos de la gaita, los roncós sonos de los tamboriles, la gritería ensordecedora de los niños, las corridas desordenadas de los lugareños; y cuando

quizá se va la gente acostumbrando al placer, cuando acaso se empieza á sentir el cansancio, allá en la hora de vísperas, saltan de pronto los vibrantes, los solemnes, los bellísimos sonidos de las campanas de la Catedral, que desde lo alto de las torres voltean, levantando de nuevo los ánimos, encendiendo de nuevo los entusiasmos y diciendo á todos, en su lenguaje jubiloso, que allí en donde ellas se hallan está precisamente la morada del objeto de la fiesta, fuente de toda dicha, verdadero regocijador de las almas.

Y del mismo espacio por donde van aquellos sonidos, extendiéndose en la atmósfera, ondulando en los aires, por un lado tan intensos, por otro lado casi desvanecidos, vienen unas aromáticas emanaciones, unas ráfagas perfumadas, unos olores suaves y gratos, que salen, intermitentes y vagarosos, saltando las rudas bardas ó atravesando las elegantes verjas, de aquellos huertos en los que algunas vivaces

niñas ó algunas devotas mujeres cogen yerbas para arrojarlas sobre el suelo, rosas para deshojarlas sobre la Custodia, y ramos y guirnaldas para engalanar imágenes, andas y templetos.

VIII.

No son los gigantones burgaleses de tanta antigüedad como algunos piensan.

En los principios de la fiesta del Corpus y á causa del carácter triunfal que á la fiesta se le atribuyó siempre, pensando que significa el triunfo de Cristo sobre el demonio, sobre el pecado, sobre el mal, el pueblo, con gusto de la Iglesia, quiso sensibilizar la idea de ese triunfo, y discurrió el medio de que, si aparecía el triunfador, triunfando, apareciera también el vencido, escarnecido y sujetado.

Por todas partes se dió en exhibir la figura

de un monstruo, de una estantigua, de un adfesio que representara el mal ó el pecado y que fuera objeto de mofa y de desprecio. Lo que se llamó la Tarasca se extendió más que otra cosa, se arraigó principalmente, duró muchísimo tiempo, y con el aspecto más deforme, más ridículo ó más temeroso, representó la fealdad del pecado, espantó á la gente como el pecado debe espantarla y, al mismo tiempo, fué objeto de ludibrio y de befa, de insultos y de improperios como el pecado debe serlo.

Y la ciudad de Burgos que entonces no imitaba á nadie, sinó que daba la norma á todos, que ideaba muchísimas cosas bellas, que se mostraba siempre original, representó, hasta más de la mitad del siglo xvii, no solamente el pecado ó el mal, sinó al mismo demonio, cifra, compendio y resumen de todos los males y de todos los pecados.

Se usaba, pues, en Burgos, según consta

en actas municipales, además de la Tarasca, un mamarracho que se llamaba el *Capidiablo* y que, según se infiere, consistía en una cabeza de diablo cubierta con una montera de puntas, sobre un armazón envuelto en un vestido ridículo de colorines. En la víspera del Corpus, aparecía ya el *Capidiablo*, para servir de diversión á los chicos, que le injuriaban con toda especie de injurias, le retaban por añadidura, escapaban velocísimos si los perseguía y ponían todo su empeño y toda su gloria en no ser nunca tocados por el demonio. En el día del Corpus, el *Capidiablo* se ponía delante de la procesión, y echaba á correr como si huyera, y en efecto, huía, huía sin descanso, entre la rechifla de todo el mundo, y huía de Aquel que venía detrás, de Aquel que es su vencedor, de Aquel que triunfa y triunfará de cuantos enemigos tenga. En uno y en otro día, el espanto que causaba, el miedo que la idea de su contacto infundía, servían de

medios para apartar á la gente, para ensanchar los tránsitos, para evitar los atropellos.

Es de creer que de una transformación del *Capidiablo* vienen los *tetines*. Su montera, su traje de colorines, el servir de medio para abrir calle y contener á la gente, el ser objeto de los insultos de los chicos, la ufanía de éstos cuando no llega á tocarlos el zurriagazo, y algunas otras señales, pueden valer para fundamento de esa creencia.

Algunos años después de la funesta Reforma protestante, se generalizó el uso de los gigantes, ideados sin duda para realzar más todavía la fiesta del Corpus, para marcar más claramente su carácter triunfal. Suponiendo que el conocimiento de Jesucristo se extiende por todas partes, y que todo el mundo ha de reconocer á Jesucristo, se representa la venida, en el día del Señor, de algunos próceres, de algunos soberanos, de algunos personajes gordos, que proceden de diversos y remotos países

y que traen la misión gloriosa de reconocer al verdadero Dios, prosternarse ante Él, festejarle y ofrecerle la sumisión de los pueblos de donde vienen.

Así es cómo en Burgos se ha visto siempre que los gigantones, figuran próceres ó reyes, por parejas de hombre y mujer, representativos de las cuatro principales partes del mundo y pruebas patentes de que en todo el mundo queda ya Jesucristo reconocido y adorado.

Al lado de estos señores, sometidos por su voluntad, se siguió representando al vencido, al derrotado; pero por efecto del daño, de la guerra, de las preocupaciones que originaba entonces el Protestantismo, no se representó ya como diablo, ó como pecado, ó como mal, sinó que se representó como heregía. La heregía significaban, en efecto antes, las figuras grotescas y ridículas que en Burgos se llaman *gigantillas*.

Con esas figuras ridículas y grotescas, en Castilla se aludía precisamente á Lutero y su doctrina, y en las gigantillas burgalesas se tuvo buen cuidado de que la hembra representara la heregía en sí, toda heregía, la heregía en general, y el varón una especie de heregía, la heregía que entonces preocupaba, la heregía protestante, el propio Lutero, cabeza grande y fea de semejantes herejes, que produjo de sí mismo y detrás, ó sea después, de sí mismo, otra cabeza no menos fea de la misma secta; Calvino. Por estas razones, en fin, ambas gigantillas tenían *caras de herejes*, y el gigantillo dos cabezas, la suya ó sea la de Lutero, y otra que de él salía por vía de tumor ó lobanillo, ó sea la de Calvino.

Aunque parezca mentira, dentro de una tierra tan católica como España, no faltaron en el siglo pasado *elementos* á los que incomodaba tanto la significación de gigantillas y gigantes, que trabajaron furiosamente porque se

prohibieran, y, en efecto, obtuvieron la prohibición; pero un canónigo de la Catedral de Palencia, el Sr. Valcarce, eruditísimo en todas estas cosas; afanoso porque no se perdieran tan bellas tradiciones, representó ante el Rey y ante el Consejo de Castilla contra la orden prohibitiva, exponiendo todo el valor, toda la sustancia, toda la belleza del uso de gigantones y gigantillas, y logró que el uso se restableciera, con gran contento del pueblo sano y sencillo.

IX.

Cuando amanece el día del Corpus, saludado por muy ruidoso y muy alegre repique de campanas, lo primero que le ocurre á todo el mundo es averiguar qué tal día sale. Si el día sale malo, semejante contrariedad produce amargo desencanto, honda tristeza; si el día

sale bueno, chicos y grandes se regocijan, se levantan impacientes, preguntan si han pasado ya los gigantones dando el matutino pasacalle; en seguida se observa en las casas el movimiento propio de un día extraordinario, el apresuramiento en la limpieza de las habitaciones, la prisa en el arreglo de las personas, los preparativos de colgaduras, de flores y aun de vinos y bizcochos para obsequiar á los convidados; después hay que oír misa, á hora insólita, porque conviene mucho haber despachado pronto esa obligación y quedarse sin más cuidados que el de gozar del día.

Muy de mañana es aún cuando se oyen ya los penetrantes y acompasados sonidos del *aguijón*, que así se ha llamado siempre el campanillo con que se convoca á coro á los canónigos.

Por las calles discurre después la gente, toda muy viva y alegre, en número extraordinario y en pintoresca mezcla; se nota desde

luego la preponderancia de los lugareños, que acaban de llegar de los pueblos cercanos con la ropa del día de fiesta; tanta cara tostada, tanto pañuelo blanco, tantas faldas rojas y azules, tanto bulto de refajos, alguna gorra de pelo, tal cual sombrero serrano de velludo, dan en ciertos momentos á Burgos el aspecto de una descomunal aldea.

Cruzan más tarde por todos los lados las criadas y los asistentes, con sus cestas, dándose mucha prisa y charlando á gritos; los chicos que acaban de estrenar algo, y se miran mucho las botas y andan con extremoso cuidado; el matrimonio, que lleva delante media docena de niños, en dos filas, como si fuera un colegio; el jubilado, que se ha puesto la levita de mangas muy estrechas y faldones muy anchos con que se posesionó del primer destino; la viuda del escribano, que todavía reserva para día tan señalado un mantón de ocho puntas y una mantilla de

casco; el señorito modesto, que solamente en día tan solemne se viste de levita y de sombrero de copa alta; la señora distinguida, que porque no quiere ser cursi se pone de trapillo para ver á Dios y se emperifolla hasta el ridículo para que el demonio la contemple; el artesano, muy bien lavado y con la camisa muy blanca; los estudiantes, ya en capilla ó recién sentenciados, según cuando cae el Corpus, y de todos modos buscando niñas antes quienes lucir la corbata nueva; los oficia-
litos, siempre tan repeinados y garbosos, mirando con frescura á las chicas de los balcones; el médico, para quien la enfermedad no tiene treguas, y el propietario del antiguo régimen, y la costurera de la nueva era, y el grave magistrado, y la locuaz polluela.

Muchos son los que se dedican, antes de la procesión, á recorrer las calles del itinerario y disfrutar el pintoresco aspecto que presentan: por algunas de ellas, ciertas antiguas casas

solariegas de gran portada con escudo y voladísimo balconaje, contrastan con ciertos viejos tugurios de portalejo hundido y míseros ventanillos; en otras, hay estrechuras que oscurecen el espacio y como que encarcelan al transeunte; por aquí todo se vuelve miradores que en su cristalería reflejan los rayos del sol y con el movimiento de sus portezuelas producen relámpagos incesantes; por allá todo se reduce á entrantes y salientes, ángulos y recodos que sólo el misterio del más allá ofrecen á la mente.

Y en los efectos de luz y sombra, en la flor delicada que dentro de lujoso tiesto la señora cultiva, en la fragante albahaca que sobre el pedazo de barrila la jornalera mantiene, en el canario que locamente derrama sus notas, en el loro que con socarronería repite las aprendidas frases, en los vestidos y en los sombreros mujeriles, de tonos claros los unos, llenos de pintadas flores los otros, en las

notas de color tan vivo de las sombrillas, en el brillo de las joyas, en las caras hermosas, en los dichos graciosos, y hasta en aquella atmósfera tibia, suave, embalsamada que todo lo envuelve, se reparten los innumerables destellos de una gran belleza terrenal, que no es más que un destello pequeño de la belleza absoluta.

Entretanto, los escoberos de la ciudad limpian la calle; otros humildes dependientes van extendiendo en ella arena, que en un vehículo rechinante les traen al efecto. Por un lado y por otro se tropieza frecuentemente con borricos cargados de costales, con carros de aldea conducidos grave y pausadamente por los pardos bueyes, con bultos que son transportados por diferentes medios, con las botas nuevas que el zapatero lleva corriendo al parroquiano, con las prendas de ropa que el sastre ha cosido á escape para satisfacer un encargo urgente.

Llega el momento en que los guardias muni-

cipales ordenan á las fruteras de la Plaza Mayor que levanten los puestos y despejen el sitio; aquellas buenas señoras, de muy mala gana y dirigiendo á los representantes de la Autoridad picantes indirectas, empiezan á tapar cestos, á levantarlos, á desarmar mesillas, á reunir tablonés y banquetas; después lo transportan todo, entre donaires y risotadas, ó entre reniegos y desvergüenzas, á cualquier portal próximo; y como la prisa de ellas es mucha y el gentío en la calle es grande, no tiene nada de particular que saluden con mediano golpe de cesta á un señorito, ó que deshagan con regular metido de palo el moño de una modista, voceando por su puesto, y doliéndose ofendidas del tan previsto trastorno.

Algún tiempo después se oyen trompetas y cornetas; se distinguen también los motivos de un airoso paso doble; suenan al mismo tiempo el patear de muchos caballos y el rodar de muchos trenes, y aparece la tropa, llenando de

admiración á los labriegos, entusiasmando á los chicos, produciendo más alegría y más movimiento. Allá en la plaza de la Libertad y en la del Mercado se estaciona la Artillería con sus baterías formidables; fijase en la Plaza Mayor la Caballería con sus lindos ondulantes banderines; la Infantería se distribuye según arte para cubrir la carrera. Y por aquí atraviesa, al galope de su caballo, un oficial de Estado Mayor que lleva órdenes, y por allí asoma un general, con sus galas fastuosas, seguido de regular escolta.

Los balcones de todas las casas se engalanan; la colcha de percal con anchas guarniciones blancas abandona por un rato la cama humilde en donde todo el año presta servicio; algún tapiz de peregrinos dibujos pregona el linaje rancio de sus amos; paños de damasco rojo con su fleco de bellotitas amarillas se encargan de representar el bienestar y la riqueza; ciertas mallas primorosas, sobre visos de colores fuer-

tes, elogian sin palabras la habilidad de sus jóvenes autoras, y mucho percal, muchísimo percal, azul y blanco como corresponde á la Santa Virgen, ó rojo y gualdo como corresponde á la noble patria, revela las tendencias ó los gustos de la gran clase media.

La Catedral entonces es el centro de toda esfera y el foco de toda luz. Á ella va la gente, la de pueblo sobre todo, á ver cómo dicen allí la misa, y qué hace el pertiguero, y lo que cantan los niños de coro, y cuándo pasa el Arzobispo; á ella va el Cabildo de cada parroquia, atravesando entre el gentío las calles, con su cruz y la imagen del Santo titular; á ella va toda congregación y toda cofradía, con estandartes y con insignias, en formación rigurosa; á ella van los curas sueltos, y las comisiones oficiales, y las músicas y todo el mundo.

Cuando la hora de la procesión se acerca, el Ayuntamiento, que tiene en ese día la buena

costumbre de oír misa en su Capilla, sale de las Casas Consistoriales, en forma de ciudad como decían los antiguos, en pompa como decían los del principio de este siglo, ó en corporación como dicen los presentes, formando un cuadro abigarrado y pintoresco, con muchos toques del estilo viejo y algunas pinceladas del estilo moderno, con algo de histórico, algo de heráldico y mucho de popular, interesante y curioso. Marchan delante los timbaleros y clarineros, vestidos con casaca, calzón corto, zapatos con hebillas y tricornio, y produciendo los graves sonos y las especiales notas que tan bien conocen los burgheses y tan bien se acomodan al paso procesional de la comitiva; siguen los maceros, que con sus magníficas togas de terciopelo morado, sus escudos bordados en oro sobre ellas, su birrete con pluma y su gran maza de plata, tanto realzan, decoran y caracterizan al cuerpo municipal, y á continuación van los regidores,

en dos filas, de rigurosa etiqueta, con la medalla de oro que se les hizo en 1876, obra del artífice madrileño Fidel de las Heras, según diseño del dibujante de Burgos Evaristo Barrio, y con la vara concejil de plata que se les hizo en 1856, trabajada en los talleres que en Madrid dirigían Espuñes y Marquina, y que sustituyó á la de madera que antiguamente se hacía cada año exclusivamente para la fiesta del Corpus. Presiden á la Corporación el Alcalde de la ciudad y el Gobernador de la provincia, á los que escoltan numerosos guardias y varios criados. Los danzantes, con los resonantes crótalos, bailan entre las filas de los regidores, festejando á la Corporación, y de vez en cuando dirigen saludo reverente á la presidencia; los tetines abren calle, impiden los atropellos y vigilan la danza de los muchachos, y la gente mira todo aquello parada, los burgaleses con la satisfacción de ver conservados sus buenos usos y costumbres, los

forasteros con interés vivísimo, los aldeanos con verdadero asombro.

Á la llegada del Ayuntamiento á la Catedral, la procesión se está organizando y sus primeros elementos se ven ya en la calle. Poco á poco se ordenan los estandartes, las cruces y las imágenes; por entre todos pasa y repasa, dando instrucciones, algún canónigo con su varita que remata en un jarrito de azucenas; á la gran puerta del Perdón están ya músicas y piquetes, atropellados á menudo por el gentío, que á cada paso aumenta; salen del interior del templo girones de humo aromoso, pedazos de canto llano, acordes de órgano, rumores varios.

De todos los lados viene gente, ansiosa, sofocada, revuelta, y obstruye pasos y se aglomera en diferentes puntos. La plaza de Santa María ofrece ya un aspecto interesante. Lleno en seguida de personas el gran atrio del Templo, formadas, también por personas, dos filas en la plaza, una delante de las casas y otra de-

lante de la fuente, aprovechados por grupos sueltos los ángulos y las boca-calles, coronada de chicos la verja de la subida á San Nicolás, ocupado además algún árbol por atrevido *grana*, y dominado todo por las esbeltas, las gallardas, las primorosas, las incomparables torres de la Catedral, resulta allí, en pequeño espacio, en reducido marco, un cuadro tan coloreado, tan vario, tan movido, tan original, que no es posible contemplarle sin intenso deleite.

La procesión, que no es suntuosa, sinó sencilla, con pocas cosas notables en el concepto artístico, con mucho de gusto y estilo rurales, está compuesta principalmente por las imágenes en andas y las cruces de mangas muy bien armadas correspondientes á las diez parroquias de la ciudad, y por cofradías y asociaciones con sus insignias respectivas.

La gente contempla el paso de los Santos titulares de las parroquias, cada uno de los cuales, dentro de un modesto templete lleno

de ramos de frescas flores, es conducido por cuatro *levitas*, revestidos de alba y dalmática.

Los dos San Pedros, sentados en la cátedra, van riéndose de lo que discurren y disputan muchas personas sencillas para averiguar cómo se distingue al San Pedro de la Fuente del San Pedro y San Felices. Exhala todavía quejas Santa Águeda, no por las llagas de sus hermosos pechos, sinó porque desaparecieron hombres como aquel Cid que supo ejecutar un acto incomparable. Se empeña San Esteban, entre las piedras que sirvieron de instrumento para el primer martirio, en ponderarnos los tiempos del real alcázar. En cambio, San Nicolás, con sus ornamentos pontificales y junto á los niñitos en la cuba, condena los tiempos modernos, en los que se halla solitario y casi abandonado un templo que encierra el retablo de piedra más portentoso del mundo. Algo amoscado parece San Gil, á pesar de su mansedumbre ingénita, porque por todas partes

por donde pasa le dicen *el tiñoso*. Con gran serenidad, los siempre juntos San Cosme y San Damián sonríen afectuosos cuando ven algún *chamarilero*, y sonríen picarescos cuando tropiezan con algún médico necesitado de ciencia. Como si se sintiera muy ufano, San Lesmes contempla despacio las calles de la ciudad de que es patrono, y á la vez registra, con el rabillo del ojo, todos los sitios, á ver por donde corren ahora las esguevas que tanto que pensar le dieron. Y en fin. el buen San Lorenzo, español neto, de buen componer, marcha tan contento, porque lo mismo se halla ahora de bien alojado en la parte baja como cuando lo estuvo en la parte alta de la población.

Muchos comentarios inspiran esas imágenes á los burgaleses; los niños preguntan el por qué de las piedras de la una, el por qué de la cuba de la otra y el por qué de ser éstas de un modo y aquéllas de otro modo; las mujeres interpretan equivocada y aun desatinadamente

varias cosas y lanzan exclamaciones diversas al recordar el martirio de unos santos ó las virtudes de otros, y los hombres se fijan en la obra de arte, en la propiedad de los atributos, en las diferencias entre los templetes, en cualquier cosa, conviniendo todos en que el que *va mejor* es San Lesmes.

También los estandartes tienen algo que ver y dan algo que decir, por los paños de que están hechos, los lienzos que llevan superpuestos, los bordados que los realzan y hasta la persona que los conduce, y más todavía dan que hablar y ofrecen que ver las cruces, todas tan altas, con aquel armazón ó miriñaque tan grande y que debe de ser tan pesado, con aquellas mangas tan vistosas, ya de antigua y floreada tela, ya de rico tisú, ya de raso bordado en oro.

En los niños de las congregaciones, en los hombres de las asociaciones modernas y de las cofradías antiguas, en los individuos del Tri-

bunal eclesiástico, que parece en su faz severa un residuo de la Inquisición, en todo se repara, en todo se fija la mente, sintiéndose, por medio de la vista, el placer que produce aquella reunión de trajes claros y oscuros, bien cortados y mal cortados, modestos y elegantes, alegres y severos, y aquella mezcla de artesanos y señores, los unos muy compuestos, los otros de diario, los de aquí muy afeitados, los de allá con muchas barbas, éstos del tipo del antiguo régimen, aquéllos con la marca de la civilización novísima.

Á lo mejor algunos hombres se rien y algunas mujeres se enternecen porque pasa por entre las filas de la procesión un niño muy chiquitín vestido de San Luis Gonzaga, con el bonete calado por supuesto, el Cristo en la mano, muy en su papel al principio, para después ponerse rabiosillo y gemebundo por consecuencia de la fatiga. Y parecidos efectos producen otros niños que van vestidos de lo

que son, de angelitos, ó de San Juan, con la cándida pelliza encima y el correspondiente corderillo al lado, ó de simples frailes si son varones y de monjitas interesantes si son hembras. Todos son llevados de la mano por el amante padre, ó por el cariñoso tío, ó por un vecino que se prestó gustoso á ese servicio, y todos oyen, según van pasando, frases calorosas de sorpresa y aplauso, como aquellas de «mira qué mono», «si parece un juguete», «Jesús, qué preciosidad», y «Dios te haga lo que ahora parece».

La procesión va subiendo, poco á poco, hacia la calle de Fernán González, y se detiene de vez en cuando para esperar la salida del Santísimo Sacramento.

El momento de esta salida es el que con ansiedad se espera y en el que ha de reunirse, para que de una vez se sienta, todo el interés de la fiesta del Corpus.

Pronto llega el caso de que todo el mundo

se impaciente: aumentan los empujones, se afirma cada cual en su sitio si es bueno, ó se esfuerza para aprovechar los últimos momentos en busca de otro mejor; surgen incidentes originados por el que quiere colarse á primera fila ó por el que exige que bajen á un niño levantado en brazos paternos; todos miran á la puerta de la Iglesia; algunos miran á las torres.

Al fin aparecen por el atrio diversos y brillantes uniformes militares; avanzan deslumbradoras las largas filas de presbíteros, con sus albas sobrepellices y sus recién afeitadas coronas; se ostenta, con sus dobles brazos, la cruz metropolitana, hermosa pieza del arte antiguo; se muestra detrás la cruz prelacial, rica en su materia y esmaltada con esquisito gusto; y cuando todo el Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana, revestido de capas blancas, asoma en la puerta; cuando una nube extensa de humo de incienso lo envuelve y lo oscurece todo;

cuando se oyen los himnos con que la capilla y los sacerdotes glorifican al Altísimo, y el gentío se mueve en ondulaciones desordenadas, y las conversaciones se cortan, y queda sólo un suave murmullo, entonces el Señor, dentro del gótico templete en que su trono se asienta, llenando todo el espacio, refulgiendo claridades divinas, entre ministros que ostentan vestiduras de raso y oro, con el Prelado que de lujosos ornamentos va revestido, se presenta en la puerta; y en aquel mismo momento, de repente, las bandas militares rompen con la marcha real; las campanas todas, con extraña mezcla de timbres, en armonía por nadie compuesta, lanzan sus sonos más jubilosos; la tropa se prosterna y rinde las armas; todas las sombrillas se cierran, todas las rodiillas se doblan, todos los corazones se conmueven, y el pueblo entero reconoce á su Dios, glorifica á su Dios, se somete á su Dios y á su Dios le pide bendiciones y misericordias.

Nó; no hay en el universo nada que pueda producir efecto ni aun parecido; solamente la presencia real y verdadera de Dios tiene virtualidad para tanto.

X.

En cuanto pasa el Ayuntamiento, el cual origina también entre el vulgo apreciaciones y comentarios especiales, ya sobre si tal concejal no va porque es *muy republicano*, ya sobre el *clac* de otro concejal, ya sobre si á otro concejal le sienta bien ó mal el traje de etiqueta, ya, en fin, sobre la habilidad que necesita algún teniente de alcalde para llevar á la vez en las manos bastón, vara, vela y sombrero, el gentío se agita, y en breve se desordena y aun se embarulla. No faltan personas piadosas que siguen desde luego al Santísimo Sacramento detrás del Ayuntamiento, ó mejor

dicho, detrás de los guardias que á la popular y respetable Corporación escoltan; pero la mayoría de la gente se apresura á tomar en otra parte nuevas posiciones. Así es que entonces, por la estrecha calle de la Lencería, por la plazuela del Sarmental y por la calle de la Paloma, corren anchos y apretados cordones, formados por hombres, mujeres y niños, descompuestos á cada momento por el carro que pasa ó el burro que transita, y siempre embellecidos por la mezcla de colores, por la variedad de figuras, por el movimiento y por el ruido.

La procesión se dirige por San Nicolás á la calle de Fernán-González, para llegar á la de San Juan y dar la vuelta por la de la Puebla, por el Mercado, por la Plaza Mayor y por la calle de la Paloma.

La subida á la calle Alta, molesta y aun peligrosa, data nada menos que del año 1463, año en el cual el Regimiento de la ciudad

mostró empeño en que el Santísimo Sacramento pasara por las calles Tenebregosa y de San Lorente para ir al barrio de San Juan, sin duda porque entonces vivían en aquellas calles muchas familias de las principales de Burgos. Al Cabildo de la Catedral debió de costarle un poco el acceder á la petición de los regidores, pero en la sesión que celebró al efecto en el día 8 de Junio acordó que se accediera.

Apenas ha pasado la procesión por la primera calle del itinerario, y ya se ve al Señor cubierto de hojas de rosa, que desde los balcones arrojan las señoras y que, por los jugueteos del aire ó por la dirección no muy certera, no caen todas sobre la Custodia, sinó que muchas revolotean un poco por el espacio como campesinas mariposas y se posan luego en las relucientes calvas clericales ó en los hermosos cabellos de alguna dama espectadora.

En los primeros años del Corpus, el Santísimo Sacramento era llevado en las manos por

el Preste, y en 5 de Julio de 1450, el Cabildo acordó que las varas del paño que había de ir sobre la Custodia fueran cogidas por Alcaldes y Regidores.

Bien pronto se adoptó el uso de andas para conducir al Señor, y debían de ser magníficas las que se lucían en Burgos durante el siglo XVI y aun algo más de tiempo, las cuales se hicieron con mil quinientos ducados que para ello dió, en el año 1582, el Cardenal Zapata.

Al final del siglo XVII, el Sumo Pontífice prohibió que se usaran andas para el Santísimo Sacramento en la procesión del Corpus, por lo que el Cabildo, en 24 de Mayo de 1684, acordó que, para que descansase el Preste, se hicieran cuatro estancias con altar; una en la puerta de San Lorente, que luego se trasladó á la Alegría, otra enfrente del Convento de San Ildefonso, otra en la puerta de San Juan y otra en la calle de la Gallinería. Esas estancias, aunque cambiado el sitio, y

aunque el Señor no es ya llevado por el Preste, se conservan todavía. Ante ellas se canta por la capilla de la Santa Iglesia algún sentido motete, aprovechándose la parada para que se releven los hombres que conducen el templete del Santísimo Sacramento, á los cuales hombres, por mayor decoro y en consideración al noble oficio que desempeñan, se los reviste de una túnica talar de color gris y de cuello vuelto, un ceñidor de cuero, y un calzado blanco, fuerte y grueso.

No es pequeño el efecto, religioso y estético, que causa también el paso del Señor por donde están formadas la Artillería y la Caballería; la vista en perspectiva de aquel imponderable grupo, todo de oro, en el que viene la Custodia, y luego el toque de las trompetas, el conjunto de los uniformes, el centelleo de cascos, lanzas y espadas, la inquietud de los caballos, que parece que conocen lo que sucede, el rendimiento de las armas, el abati-

miento de las banderas, son accidentes preciosos para realce de aquel vivo y ambulante cuadro.

Hasta el soberano de la nación concurre á rendir homenaje, ante su propio pueblo y para darle ejemplo, al rey de los reyes, origen de todo poder. No otra cosa ha de significar el retrato del monarca que se coloca siempre en la plaza del Arzobispo, casi frente al Palacio, contra el muro de la histórica torre de Santa María y sobre un trono cubierto de paño rojo, y al cual hacían antaño centinela de honor un piquete de infantería, después se la hicieron varios escogidos artilleros, y ahora se la hacen dos guardias civiles, que, por lo tiesos, por lo serios, por lo inmóviles, por lo imponentes, dan bastante que pensar á los chicos.

XI.

Acabada la procesión, se observa en las calles gran movimiento y gran bulla de gentes. Por unas ó por otras vías, cruzándose los unos con los otros, tropezando mucho, caminando á veces de prisa, á veces despacio, deteniéndose de improviso por causa de cualquier inesperado incidente, todo el mundo se dirige á la Plaza Mayor, al mismo tiempo que las tropas, reunidas al efecto, se retiran al són de las bandas, renuevan por un momento el entusiasmo y dan al pueblo el espectáculo placentero de un desfile de gran parada.

Los gigantones entonces se sitúan, en dos filas, formando calle, á la puerta principal de las Casas Consistoriales, y por entre ellos pasa, cuando vuelve de la Catedral, el Ayuntamiento, precedido siempre de los danzantes, que sin

cesar festejan con sus alegres danzas á los representantes de la ciudad.

En algunos soportales de la Plaza se forma brillante paseo del señorío, vestido generalmente con la elegancia insuperable que distingue á las burgalesas, predominando en los trajes los colores claros, las mantillas clásicas, los sombreros de paja y las flores naturales; en otros soportales circula desordenadamente gran muchedumbre popular, entre la que se notan pronto señoritos de pueblo, horteras, artesanos y labradores. En el centro de la Plaza, sufriendo con calma los rigores del sol, disputándose acaso la buena sombra de Carlos III, se quedan casi todos los lugareños, mezclados con vendedores de diferentes artículos, unos y otros apretados y confusos, presentando á la vista de las personas que en los balcones permanecen, una superficie ondulante de desiguales piezas y de variadísimos colores.

En las casas de la Plaza, por imitar sin duda

á los regidores, se aprovechan los momentos para obsequiar á los convidados. Casi igual escena se representa en todas ellas. Las criadas, peinadas á lo ninfa, con sus lazos de seda al cuello, sus bien planchados delantales, y su desenvoltura natural ó su natural encogimiento, sacan las botellas del moscatel, el jerez ó el cosuenda, y las bandejas con bizcochos, mantecadas, rosquillas y dulces varios. El señor grave, que disputa con el amo de la casa sobre si estaba más animado el Corpus en sus tiempos, y la señora sentimental, que todavía se lamenta por el sudor que le corría de las sienes al Sr. Arzobispo, se confortan con una copilla, bebida á muy pequeños sorbos por la dama y de un buen trago por el caballero; otra familia, mientras quita el papel á un mantecado de monja, ó se las ha con alguna yema de coco, pondera la sobrepelliz de nipsis de un clérigo conocido, si no condena el mal gusto de algunos adornos; los niños rodean la mesa en

espectativa de la parte que les corresponda, y miran alternativamente á su madre, al dueño de la casa, al moscatel y á las rosquillas, para señalar así lo que desean y al mismo tiempo ver si se lo ofrecen y si se les permite aceptar el ofrecimiento; sólo alguna pollita, de ojos flecheros, permanece en el balcón, y contesta con palabras incoherentes á las instancias que se le hacen, diciendo que no tiene ganas de nada y pensando que nadie conoce que de lo que sí tiene muchísimas ganas es de no perder de vista á un segundo teniente de lanceros, que desde un poste lejano la telegrafía sin descanso con toda la electricidad de las pasiones volcánicas.

Todo el mundo espera, y los chicos con una impaciencia, unas preguntas y unos correteos apenas tolerables, el festejo que han de ofrecer al pueblo los gigantones y los danzantes, y que consiste sencillamente en repetir allí, bajo los balcones del Consistorio, cuando á ellos

se asoman autoridades y regidores, todos los bailes que saben. Difícil es para danzantes y gigantones el ejecutar en tales momentos esos bailes, porque el pueblo ansioso se aglomera en tales términos y en tales términos estrecha el cerco y se empuja y se embarulla, que no hay fuerzas humanas que le contengan.

Hasta hace no muchos años, había también otra fiesta más original, más atractiva y más bulliciosa; las de las *mochadas*; delicia sin igual para los niños, preocupación y cuidado graves para los labriegos, regocijo burgalés no probado en ninguna otra parte.

Mientras los gigantones bailaban, las gigan-tillas recorrían todo el espacio de la Plaza, y á los hombres y mujeres aldeanos ó de clase humilde á quienes encontraban desprevenidos, les daban una regular cabezada, que generalmente no causaba daño ni gran dolor, pero que originaba las grandes risotadas, el gran griterío y la algazara más estupenda.

Así que las gigantillas eran levantadas para hacer el temeroso recorrido, lugareños y artesanos, gritando, empezaban á retroceder, en seguida corrían sin dirección fija y á veces huían tan desahogados como si los persiguiera de veras el mismísimo demonio.

Grupos diversos de burgaleses alegres andaban tras de las gigantillas, indicando á los conductores la mejor dirección, buscando *victimias* y cantando á grandes voces aquel cantar tan malito como sus hermanos:

«Currucú, currucú, muchachillas,
que os cogen las gigantillas;
si os cogen á la descuidada,
os darán una fuerte mochada.»

Era de ver la cara que ponían los *amocho-dos*, más avergonzados que doloridos, y el ojo con que todos andaban para evitar el golpe, y la persecución que algunas veces emprendían las gigantillas metiéndose hasta en los soportales, y la rechilla de que era objeto todo ino-

cente que no sabía hurtar el cuerpo ó ponerse á honesta distancia.

No faltaban, por supuesto, picardigüelas ideadas para entretener á una moza y proporcionar así el modo de que sufriera la mochada, ni faltaban tampoco caídas aparatosas de alguna labradora gorda, con manifestación de refajos en incontable número, ó con rodar de alforjas y salida por sus bocas de unos pañuelos, dos quesos, una aceitera y algunas cebollas, todo recién comprado.

También había sus disgustillos, ya por las quejas amargas de un infeliz que sufría un golpe más fuerte de lo convenido, ya por el alboroto que armaba cualquier mal genio, negando con abundancia de palabrotas el *derecho* de las gigantillas. Estos incidentes, sin embargo, se arreglaban pronto y bien, porque en todos dominaba el deseo de la broma, todos se empeñaban en que se echara el caso á chacota, y, en último resultado, todos hacían donosa

burla del quejoso y ahogaban las quejas, cantando, también en coro y como remedo de lo que el quejoso pudiera vociferar contra el conductor de la gigantilla, aquel otro cantar-cito, también muy malo:

«Tilin, tilin, só, só, burro,
el dimonio de animal,
que de tres cargas de trigo,
no me ha dejado ni un pan.»

Lo que sucedía siempre era que las gigantillas, por efecto de tanto dar golpes que no causaban daño mayor, quedaban con las caras hechas pedazos y con un aspecto verdaderamente risible.

Entre los cantares y las risas, y entre los dichos graciosos y los hechos traviosos, y entre las corridas y el griterio, y entre la alegría que por todas partes se derramaba y en todas las caras se conocía, la gente pasaba casi dos horas tan ricamente, hacía ganas de comer, reunía *materiales* para sus recuerdos y se que-

daba tan segura de que como el Corpus en Burgos no había ninguno.

La significación de las mochadas parece bastante clara y no es despreciable.

La fantasía popular suponía que las gigantillas, como representantes de la heregía, quedaban irritadas por el triunfo del Señor que acababa de celebrarse, y que por ver si desvirtuaban ó aminoraban ese triunfo y quitaban al Señor adeptos, recorrían la Plaza pública en busca de gentes simples ó descuidadas á quienes poder atraer y á quienes poder inferir de un golpe la herida del error. Y porque se juzga que las gentes de muy poca cultura ó las que se descuidan en sus creencias y abandonan sus deberes, están propensas á admitir los errores ó son terreno abonado para que prendan las herejías, las gigantillas iban siempre hacia labriegos, menestrales ó vagabundos; no porque se quisiera eximir á las clases cultas y señoriles de la pequeña vejación, tolerable

molestia ó leve daño que supone el ser públicamente *amochado*. Lo cual no quiere decir que se hiciera siempre así, intencionalmente y con sujeción estricta al significado de semejante festejo.

Como antes con las mochadas, ahora con los bailes de danzantes y gigantones, se pone término y remate á la fiesta del Corpus; y la gente, después de ver el último baile, ejecutado como en afectuosa despedida, como por manera de un Adiós hasta el año siguiente, se queda un poco entristecida y mira con algún desconsuelo el desfile de los famosos próceres, que van muy tiesos, y el de los chicos, que marchan jadeantes y sudorosos.

Todo el mundo, sin embargo, se retira para comer, y entonces es notable el número de personas que entran en las confiterías y salen luego de ellas con los pasteles ó los mantecados, envueltos en un papel, para que sirvan de extraordinario postre, y el número de

criadas y de asistentes que llevan por la calle, y para el mismo destino, la fuente de natillas, la empanada, el jamón en dulce ó el tocinillo del cielo, cosa está última que, á juzgar por el nombre, debe de ser la más apropósito para el día.

Al mismo tiempo, en los puestos de la fruta se despachan con muchísima prisa la delicada fresa para personas finas, y la roja cereza para la gente del pueblo; el paso por los soportales junto á los que las fruterías se hallan establecidas, resulta por extremo difícil, porque á cada momento atraviesan las parejas de aldeanos, él en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro y la vara en la mano, ella muy pomposa, con las alforjas encima y mirando mucho las faldas de las señoras, y los mozos *crúos*, los *maletas*, los jornaleros, los escribientes y hasta algunos señoritos de cierto género, que vienen de las tabernas del Hondillo, en donde han pasado media mañana.

bebiendo copas y hablando todos á un tiempo sobre asuntos que á ninguno de ellos puede importarle un rábano.

La afluencia, que no es floja en las entradas de las calles de la Sombrerería, del Cid y de *Trascorrales*, llega hasta el barullo en el Mercado, por el cual sitio siempre andan caballerías de todas clases, ómnibus, berlinas y toda especie de vehículos, y siempre hay puestos de venta con baratijas de menor cuantía, y tampoco falta el piano de manubrio, ante el que se detienen todavía algunas labradoras y bailan, con arte de teatro, cuatro ó seis niñas, ni el ciego que, en coplas detestables y con voz agria, canta el último horrendo crimen y muestra un cartelón en el que están pintadas, de pecadora mano, escenas que ponen los pelos de punta. Y para mayor estorbo, allá por algunos rincones y también hacia los soportales, se han sacado al mediodía y para aprovechar un rato la venta en un

día de mercado como es todo juéves, sobre el santo suelo algunas filas de cacharros, de vidrioado muy reluciente, unos de gran panza como el ya casi innecesario cántaro, otros de poco fondo como la siempre indispensable cazuela, y todos convidando á los chicos con el incentivo de un buen proyectil disparado por el *tirabeque*, y ofreciendo á los perros ancho campo para una que sea sonada.

Al cabo de un corto rato, las calles quedan tranquilas y casi desiertas, y las casas particulares, en donde las familias de la población comen con mucho contento, y las pastelerías y los tabernuchos, en donde la gente de los pueblos con gran algazara devora el clásico cuarto de cordero ó el buen pedazo de escabeche, ofrecen entonces cuadros diversos, animados, movidos y bulliciosos

XII.

Estas fiestas religiosas, estas solemnidades de la Iglesia que, siendo en todas partes las mismas por el fondo ó por la esencia, ofrecen en cada pueblo un peculiar aspecto, y esas otras fiestas, también de la Iglesia ó religiosas, que cada pueblo celebra por razón de ciertos votos especiales, ciertos propios patronos ó ciertas perseverantes tradiciones, forman el lazo más fuerte que une al hombre con la población en que vino al mundo.

Cuesta concebir, sobre todo en la ausencia, el amor al pueblo, el deseo del pueblo, sin el recuerdo de aquellas funciones religiosas y de todas las costumbres que de la Religión tomaron principio.

La fiesta del Santo titular en una aldea, la romería á un santuario célebre en cualquier comarca, las solemnidades de determinadas

conmemoraciones de la Iglesia en las capitales, tienen más poesía, más encanto, más atractivo que todas las diversiones inventadas por los hombres; son más curiosas, más bellas, más apetecidas, más recordadas que todas las festividades profanas y hasta nacionales creadas en los pueblos.

En las fiestas profanas, aun en aquellas que llevan el noble fin de enaltecer el trabajo y fomentar los intereses industriales y artísticos, siempre necesarios y por lo tanto siempre muy atendibles, quizá se goza, de seguro se discute, tal vez se obtienen legítimos frutos materiales; en las fiestas religiosas, se aviva la fé, se recuerda mucho, se siente mucho, acaso se medita algo, á veces se purifica una alma. En las unas, todo tiene que ser para la tierra; en las otras, todo debe ser para el Cielo.

Los intereses terrenales son varios y diferentes, y separan; los intereses espirituales son unos solos y comunes, y unen.

Así es tan triste que en un pueblo la Religión esté desatendida, olvidada, quizá combatida, ó en Religión estén los hombres divididos y separados. Porque no puede haber fraternidad en donde no reconozcan todos los individuos un solo y mismo Padre. La fraternidad, en efecto, no viene de la democracia política, ni de lo que llaman la moral natural, ni de las leyes que los hombres estatuyen; la fraternidad viene solamente de que todos somos hijos de Dios, del verdadero Dios, y herederos de su santa gloria.

Y esas voces que se oyen de vez en cuando de «abajo las fronteras», esos anhelos que manifiestan á menudo muchos hombres de que todos los pueblos sean iguales, son vanos, son además inoportunos ó tardíos; porque hace diez y nueve siglos se nos dió el único medio que existe para que aquellos anhelos se satisfagan y lo que dicen aquellas voces se cumpla; ese medio consiste en que todos nos reconoz-

camos y nos declaremos lo que debemos ser, súbditos de un solo y mismo Rey, y ese Rey es Cristo.

Cuando ese Jefe Supremo que pasea por nuestras calles en el día del Corpus sea acatado y obedecido por todos los pueblos, entonces todos los pueblos serán iguales, entonces no existirán en verdad fronteras, entonces habrá verdadera fraternidad universal.

XIII.

¿Quién podrá creer que, en algún tiempo, la procesión del Corpus terminaba á eso de las cuatro de la tarde?

Pues así sucedía real y verdaderamente durante los siglos xv y xvi.

Y no se remedió, por cierto, este inconveniente, con el acuerdo que tomó el Cabildo de la Santa Iglesia en el año 1550, consistente en

que la misa conventual del día del Señor se cantase en la Catedral á las cinco de la mañana.

Había dos motivos para que la procesión, en aquellos años, se acabara tan tarde; un motivo nada regular, aunque explicable en tan especiales tiempos, y otro motivo bello de suyo, interesante en alto grado y de nobles y elevados fines.

El primer motivo no era otra cosa que la costumbre de que, buen rato después de la misa y antes de salir la procesión, se reunieran á comer despacio, en la Iglesia, clérigos y legos por cuenta de la Fábrica. Debía de ser la comida tan formal y tan completa y debía de reinar entre legos y clérigos tal calma, que los mismos reyes, concedores de la costumbre é interesados por la Religión y por las cosas de Burgos, hubieron de llamar la atención de los Prelados en diferentes ocasiones. En 7 de Junio de 1575, recibió el Cardenal Arzo-

zobispo una cartita del Rey bastante expresiva acerca del asunto, y la verdad es que, cuando llegó la carta, ya el Prelado había trabajado por suprimir la comida y había obtenido resultado satisfactorio; así es que el príncipe de la Iglesia pudo contestar al soberano del reino, que «tenía ya llano el negocio con sólo sus amonestaciones, y por ende, *aunque lo habían sentido todos*, se había pasado el Corpus muy bien», esto es, sin comida, «y la procesión que antes volvía á las cuatro de la tarde, se había acabado antes de las doce, yendo en ella doscientos cincuenta clérigos congregados al Sínodo.» Desde dicho año, 1575, quedó, pues, abolido el uso del *gaudeamus*.

El segundo motivo consistía en que, cuando el Santísimo Sacramento iba á salir de la puerta del Santo Templo, la procesión se detenía para que, ante la divina presencia, se representara una comedia de asunto religioso ó un auto sacramental.

Aunque los autos hayan sido por cierta crítica tan mal tratados; aunque hombres como un Jovellanos y un Moratín considerasen los autos como un absurdo perjudicial á la Religión; aunque por creer que los autos eran una manifestación ilegítima del Catolicismo y de la Literatura fueran prohibidos en el año 1765, es lo cierto que el espectáculo del auto sacramental en el día del Corpus inspiraba á los españoles tanta veneración, los deleitaba tan noblemente, mantenía tan bien entre ellos la fé, por una parte, y por otra parte realizaba tanto la fiesta del Santísimo Sacramento, que podemos con razón muy grave lamentar que haya desaparecido y no sea ya nada en nuestros gustos y en nuestras costumbres.

El dogma, que en los autos, más ó menos claramente y en mejor ó peor forma, se expresaba y aun se defendía; la moral purísima que los autos contenían; la enseñanza católica que por medio de los autos se trataba de dar, y

tantos pensamientos altísimos, tantas bellas escenas, tantas expresivas representaciones como en los autos se encontraban, son cosas que bastan para oscurecer y dejar sin efectos algunas impropiedades, alguna mezcla grotesca, algunas formas literarias bajas que en semejantes composiciones pudieran ser censuradas y tachadas.

Un buen crítico ha demostrado que si al principio los autos no fueron precisamente sacramentales, sinó referentes á diversos asuntos de la Religión, hubieron de ser todos destinados á la exposición y defensa del dogma del Santísimo Sacramento desde la aparición del Protestantismo, porque la funesta Reforma protestante dirigió en seguida sus ataques contra la presencia real en la Hostia del cuerpo de Jesucristo. Así, pues, desde entonces, todos los autos compuestos para el día del Corpus se acomodaron perfectamente á la festividad á la que se destinaban.

Dicen que los primeros autos, continuación al cabo de nuestro antiquísimo teatro eclesiástico ó religioso, solían ser representados por canónigos y beneficiados jóvenes; que después, y por razones de bastante peso, tomaron la representación á su cargo personas seculares de suposición, y que, por fin, se encomendó la tarea á los faranduleros ó farsantes.

En Burgos, no todos los años se celebraba el auto, porque, en los siglos XVI y XVII sobre todo, era para el Ayuntamiento difícil encontrar un *autor* de nota que trajese compañía propia para la cabeza de Castilla, y el Ayuntamiento, cuidadoso siempre de la importancia y el prestigio de la población, no quería que en la primera ciudad del reino, norma y modelo de las demás, actuasen compañías de la *gungarilla*.

Cuando había auto, se representaba poco más ó menos, como en las poblaciones más importantes.

Acaso en los primeros tiempos, si entonces en Burgos se representaban autos, se usaba el *carro* que en todas partes solía servir de teatro; pero consta que después se armaban varios tablados en el atrio del Santo Templo, llamado en aquellos días el *losado*; uno para la representación, otro para el Regimiento de la ciudad, otro para las órdenes religiosas y, en los últimos años, otro para el número de escribanos.

Lo que ahora se llama decoraciones, y que entonces consistía en figurar el firmamento, los astros, las nubes, algún monte, alguna selva, alguna gruta, así como lo relativo al vestuario, variaba mucho en su disposición, en su valor, y en sus efectos estéticos, según la época y según fuesen los farsantes encargados de la representación. Todo iría bueno si intervenía aquella gente de que con tan interesantes detalles nos habla el Sr. Pedroso; si dirigían las cosas un Riquelme, un Olmedo, un Prado, un

Fernán López, ó aquel Arias de Peñafiel que tenía hasta unción y virtud para convertir cuando decía sus papeles, y si representaban la Verdugo, la Romero, la famosísima *Amarilis*, aquella Clara Camacho que nada más terminar un auto se marchó á encerrarse en el claustro, aquella Antonia Zapata, tan meritísima actriz como mujer extravagante, por lo visto, moza de *miradura matante*, pero que si todos los días con el mirar de sus hechiceros ojos hacía una víctima, á todas las víctimas les guardaba luto, puesto que tenía el raro capricho de dormir entre sábanas de tafetán negro; ¡y abrimos ahora la boca cuando nos cuentan algo de la francesa Sarah Bernardt!

En algunos tiempos, se debieron de ver pobreza é impropiedad extremadas en el decorado y en la indumentaria; en otros tiempos, la indumentaria y el decorado resultaban admirable obra del mejor arte. Así se comprende lo que dice el citado Sr. Pedroso, refiriéndose

á cierta villa; que hubo año en que para representar á Dios Padre sólo se hizo el gasto de ¡un par de guantes!, pero que hubo año también en que se representó todo con tal verdad y tal acierto, que el Ángel salió vestido de alba, estola y diadema, la Verdad salió de blanco, el Deseo de verde, la Justicia de celeste y el Verbo Encarnado de encarnado.

Á la representación de los autos, como espectáculo de balde y tan del gusto de los antiguos burgaleses, acudiría seguramente gran gentío, y habría allí apreturas, sudores y no pequeñas molestias; pero la presencia de su Divina Majestad obligaba á que se oyera la representación con silencio verdaderamente religioso, con atención suma, con gran respeto.

Para comprender lo que este espectáculo valía, el interés que inspiraba, la importancia que se le atribuía, los efectos que podía producir, hay que tener en cuenta la fé que entonces llenaba el ánimo; el entusiasmo por la

Religión que entonces sentían los corazones, el deleite singular que entonces producían los versos, aun sin entender sus conceptos, en el oído y en la imaginación de los españoles.

Mucho empeño tuvo siempre el Ayuntamiento de Burgos, sin duda con el fin de evitar las incomodidades del sol y del aire, en que el auto se representara dentro de la Iglesia, precisamente en el crucero, y así lo pidió en debida forma y por exposición muy razonada al Cabildo en el año 1598; pero el Cabildo, por motivos considerables y causas graves, no tuvo á bien acceder á la petición de la ciudad.

En cambio, dentro de la Iglesia se representaron muchas veces comedias religiosas por cuenta del Cabildo, no sólo en el día del Corpus, sinó también en los días de Navidad, lo cual el Cardenal Pacheco quiso que se prohibiera, sin duda porque se había prohibido ya en el año 1487, y el Cabildo acordó que continuara, por considerarlo como buena y loable

costumbre. Y sin embargo, tales eran los inconvenientes producidos por la concurrencia enorme de gente, que en 23 de Julio de 1691, después de ciertos no pequeños desórdenes en el día en que se representó la comedia «San Juan de Sahagún», el mismo Cabildo acordó que en adelante en ninguna fiesta se hicieran representaciones dentro de la Iglesia.

Los mozos de coro, en el día de la Octava del Corpus, solían representar también una comedia á lo divino en el Claustro nuevo, y para ese fin se disponían las cosas de la mejor manera posible, se formaba el correspondiente tablado, se colgaban todos los tapices que hubiera y, en el siglo xvii, se instalaba una fuentecilla con varios caños ó surtidores, probablemente para que se refrescara el espacio.

XIV.

No era pequeño el gasto ni eran pocos los esfuerzos que hacía el Ayuntamiento en los pasados siglos para que la fiesta del Corpus resultara siempre con la magnificencia propia de una ciudad como Burgos.

Además de traer tantas cuadrillas de danzas, de ajustar compañía para la comedia ó el auto, de levantar delante de la Catedral cuatro grandes tablados, muy bien cubiertos y embellecidos, y de aderezar gigantones, tarascas y capidiablos, entoldaba las calles del itinerario, calles que entonces, es claro, no tendrían la misma configuración que ahora, empedraba de nuevo todos los años esas mismas calles, disponía «muy gran salva de tiros y morteretes» para el paso del Señor, en dos sitios, en San Gil y en Comparada, rogando al Alcaide del

Castillo, que hiciera también salvas en la fortaleza cuando Su Divina Magestad saliera del Templo, y, muchas veces, costeaba buena función de toros, la que presenciaba desde el mirador levantado al efecto en la Plaza sobre la puerta de las Carretas.

No obstante lo acordado por el Cabildo en el siglo xv, á petición del Ayuntamiento, sobre que la procesión subiera por las calles Tenebrosa y de San Lorente, el itinerario debió de cambiar en ciertos períodos, puesto que en algunas actas municipales de fines del siglo xvi, se expresa, cuando se trata de entoldar las calles, que el entoldado se hiciera completo y por trozos; uno, de la Iglesia Mayor á la de Vejarrúa; otro, de la de Vejarrúa á la de San Andrés; otro, de la de San Andrés á la Soguería; otro, de la Soguería á la Iglesia de San Esteban; y otro de la Iglesia de San Esteban á la Mayor.

El primer cuidado del Ayuntamiento consis-

tía en poner las calles en el mejor estado para el paso de la procesión, y á ese efecto nombraba todos los años, desde que quedó ya seguro el itinerario que aún se sigue, Visitadores de calles; un regidor tenía á su cargo las de San Juan y la Puebla, otro desde San Gil á San Ildefonso, otro desde San Ildefonso á la Iglesia Mayor, otro desde la Iglesia Mayor á la Torre de Santa María, otro desde la Torre de Santa María á la Gallinería, y otro desde la Gallinería, Plaza Mayor y Mercado hasta la Puebla.

Lo malo que había era que todo esto venía á parar, como decía el borracho del cuento, en que se encareciera el vino; porque, para los gastos de la fiesta del Corpus, el Ayuntamiento solicitaba siempre del Rey que le diese facultad para echar una *sisá* en el vino tinto y blanco que se consumiera en la ciudad, y el Rey concedía en seguida lo solicitado y autorizaba para sacar del hermoso líquido hasta una cantidad bastante respetable.

También los particulares, por su parte, se esmeraban para que la fiesta del Corpus resultara muy brillante; cubrían el suelo de yerbas olorosas, colocaban algunos altarcitos en determinados puntos, colgaban delante de sus puertas riquísimos tapices y adornaban por manera muy original y vistosa sus balcones, en los cuales se veían cuadros, doseles, arañas, candelabros, flores, imágenes, soberbios paños y mil otras cosas. Hasta con sus personas nada más contribuían entonces muchos particulares al esplendor de la fiesta del Corpus y de cualquier otra fiesta; como que entonces se usaban trajes de bellas formas, lindos colores y preciosas telas; como que Burgos entonces estaba lleno de gentes que podían llevar deslumbradores joyeles y que tenían derecho al uso de hábitos, bandas, collares, cruces y toda especie de veneras.

El mal tiempo ha impedido algunas veces la salida de la procesión, y otras veces la ha

descompuesto en medio de la calle. Triste es, en verdad, cuando esto último sucede, el espectáculo que resulta, y entonces se recuerda para elogiarle el hecho que se cuenta del rey Felipe III, el cual, en cierto año en que una tempestad horrible descargó en la Corte de repente cuando la procesión del Corpus, que S. M. presidía, iba por una de las principales calles, contuvo con sus órdenes y con su ejemplo el desorden y las fugas, dispuso que se cubriera convenientemente al Santísimo Sacramento y siguió él detrás, con la cabeza descubierta, sereno como si nada ocurriera, reverente como correspondía ante la divina presencia, hasta llegar al Santo Templo, en donde se vió que la majestad de la tierra y los que forzosamente hubieron de acompañarla, entraban hechos una sopa.

Salvo el inconveniente del mal tiempo, rara vez se ha perturbado en Burgos la fiesta del Corpus por algún extraño accidente.

En cierto año, hacia la mitad del siglo xv, antes de que la procesión saliera, penetraron en el Templo tumultuosamente varios moros armados, buscaron allí ciertas gentes de las que estaban sin duda ofendidos, las acometieron sin consideración á nada ni á nadie, se trabó descomunal pelea y se ensangrentó la Iglesia, produciéndose gran pánico en el público, grandes gritos y grandísimo alboroto que cundió pronto á toda la ciudad, y sucediendo luego algunas tristes escenas. La fiesta fué suspendida, medió la Justicia, y después de vista la causa, previas las prisiones, declaraciones y demás prácticas propias del tris-tísimo caso, debieron de agriarse aún más las disensiones que por entonces existían entre varios caballeros y los allegados respectivos.

Desde tiempo muy remoto, el número de escribanos, en calidad de administrador de la casa de Nuestra Señora de los huérfanos, concurría á la procesión con su insignia y la Santa

Virgen en andas, ocupando un lugar distinguido.

Llegó el año 1589, y entonces empezó, por lo visto, el uso de que las parroquias concurrieran también con la cruz y el santo, para lo cual se les había señalado un puesto correspondiente á lo que representaban.

En cuanto, una vez formada la procesión, en aquel año, los señores escribanos notaron la novedad y vieron que las cruces y las insignias parroquiales ocupaban un lugar que creyeron más preeminente que el que á ellos les tocaba, se salieron muy disgustados, se sustrajeron, como dicen las actas municipales, se retiraron, en fin, y hubieron de promover con esto alguna no muy grave alteración en la solemnidad.

La ciudad, tomando el caso muy por lo serio, en el año siguiente quiso obligar á los escribanos á salir en la procesión. Ellos se negaron y pusieron pleito, el que perdieron ante la Justicia de Burgos y del que apelaron á la

Chancillería de Valladolid; pero en extremo pesarosos de no acudir al acompañamiento del Santísimo Cuerpo de Cristo en el hermoso día de su fiesta, atendieron al fin las indicaciones de la ciudad y, en el año 1591, volvieron á salir en la procesión, logrando en cambio que el Ayuntamiento declarase que se entendía «que salían por su voluntad y sin perjuicio de su derecho, y que ni esta ciudad le adquiría contra ellos más del que había, y sin que por esta vez y otras adelante, pudieran ser compelidos á que fuesen, hasta que el pleito estuviera determinado y acabado de todo punto.»

Después de terminado el pleito, las cosas debieron de seguir como habían quedado ordenadas y dispuestas desde el citado año 1591.

En otro año, el ya citado 1598, á lo mejor de la representación del auto se hundió repentina y estrepitosamente uno de los tablados, cogiendo debajo á mucha gente, de la que salieron bastantes heridos, y algunos de gra-

vedad. Claro está que semejante desgracia originó ayes y lamentos, barullo y confusión espantosos y la necesidad en muchas familias de cambiar las esperanzas del placer por las realidades del dolor; pero la fiesta continuó después, si bien entristecida y casi silenciosa, y pagó el último pato el carpintero Pedro de Rada, constructor del tablado, que fué despedido, sin que le valieran explicaciones ni disculpas.

Nunca, por fortuna, ha originado perturbación notable cierta encubierta disputilla que han sostenido muchas veces el Prelado y el Ayuntamiento, y que en estos últimos años, según dicen, alguna vez se ha reproducido.

Á la Corporación municipal, celosísima siempre por las prerrogativas, el decoro y el lustre de la ciudad, le viene infundiendo algún escrúpulo el hecho de que el Sr. Arzobispo disponga que se lleve inmediatamente detrás de su persona y delante de los regidores la silla

que sirve de distintivo honorífico á su dignidad. En muchas ocasiones, el Ayuntamiento ha reclamado contra semejante uso, y el Prelado no ha juzgado procedente estimar la reclamación. Y eso que, según parece, el asunto debió quedar resuelto en el año 1850. Entonces, por haber mandado enérgicamente el Alcalde que se retirara la silla, lo cual así se ejecutó, y por haberse quejado en seguida el Prelado al Gobernador, se planteó la cuestión franca y briosamente. La ciudad defendió sus prerrogativas con razones de bastante peso y con las Reales Provisiones expedidas á su favor en 1659 y en 1666, que se contraen por lo visto al punto de que el Ayuntamiento sea siempre el que cierre la procesión; pero la Mitra contestó con dos Reales Cédulas posteriores, una de 15 de Enero de 1721 y otra de 26 del mismo mes de 1722, en las que se declara el derecho del Prelado á llevar la silla á su inmediación conforme al cere-

monial romano, y de las que se dió conocimiento oportuna y directamente á la Corporación municipal; además, el Prelado aplicó al caso una Real Orden acabada de dictar para la diócesis de Oviedo en el mismo asunto y que, dirigida al Obispo de la capital de Asturias, dice así: «He dado cuenta á S. M. del expediente instruido con motivo de la exposición elevada por el Ayuntamiento de esa capital el 29 de Diciembre último, en solicitud de que se fije el lugar que debe ocupar la silla del Prelado diocesano en la procesión del Corpus y demás á que asista éste y también aquella Corporación.... La Reina (q. D. g.) tomando en consideración que el uso de la silla en las procesiones á que concurre el Obispo es un distintivo honorífico propio de su dignidad, fundado en la legislación civil y canónica y garantido por antiguas y repetidas resoluciones del suprimido Consejo de Castilla, en las cuales se ha determinado el lugar que ha de ocupar;

teniendo presente que no es depresivo ni humillante para ninguna Autoridad el que otra use de los fueros y preeminencias que le sean propios; consultando también que éstos deben atemperarse en cuanto sea posible á lo conveniente para no lastimar los respetos y miramientos debidos á cada una; oido el Consejo Real en pleno, se ha servido resolver.... que la silla del Prelado de Oviedo en todas las procesiones á que asista, solo ó acompañado de cualquiera otra Autoridad ó Corporación, debe ir detrás de su persona y con intermediación á ella en el sitio acostumbrado hasta ahora, llevada por clérigos tonsurados cuando menos, los cuales han de ir vestidos del hábito de su clase....—De Real orden lo digo á V. E. para su inteligencia y efectos consiguientes.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid 18 de Mayo de 1850.—Arrazola. » En virtud de esta Real orden, de las citadas Reales Cédulas y de las razones expuestas por el Sr. Arzobispo, el

Gobernador Civil de la provincia decretó que, en lo sucesivo, dicha Autoridad eclesiástica podría llevar la silla en el punto que gustase.

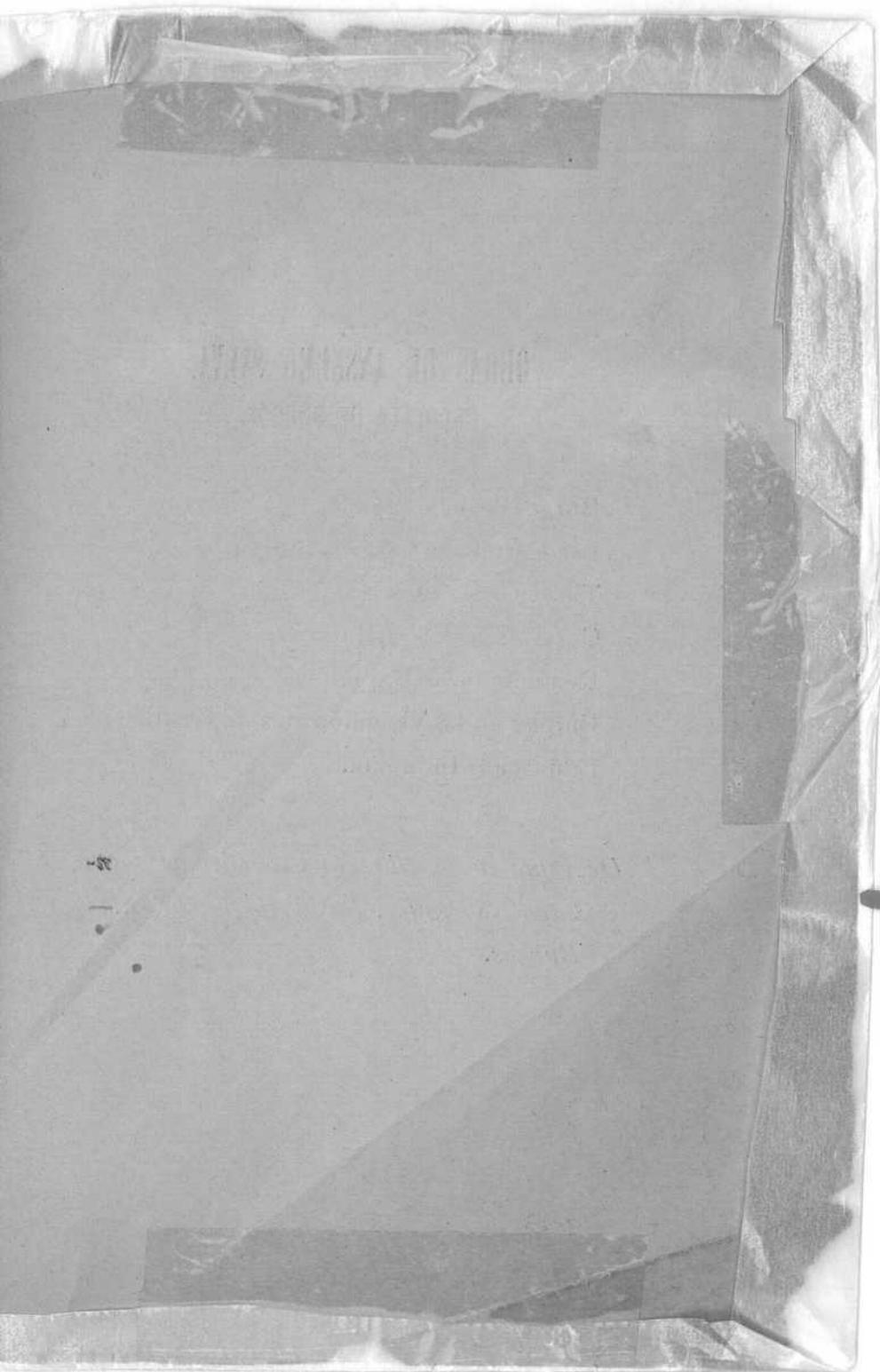
El Ayuntamiento, sin embargo, si entonces calló, en 1863 suscitó de nuevo el asunto, indudablemente porque tendría poderosas razones para ello y porque juzgaría que no eran aplicables las disposiciones dictadas expresamente para otras partes á una ciudad que tenía derechos de antemano adquiridos y especiales privilegios, leyes y costumbres. No logró, en verdad, otra cosa que reproducir las actuaciones de 1850 y quedar en el mismo caso y en la misma situación que en aquel año, es decir, sin una resolución superior concreta y dictada para él exclusiva y favorablemente.

XV.

De los usos y costumbres eclesiásticos y populares en el día del Señor, ya se ve cómo Burgos conserva mucho; pero también se nota que ha perdido bastante.

Y no han de parecer inmotivadas algunas pérdidas, como tampoco puede extrañar que ciertas cosas se hayan cambiado ó se cambien, si se tiene en cuenta que en cada periodo de la historia hay un carácter, unas preocupaciones, unas tendencias, unas necesidades, á todo lo cual conviene quizá acomodar las prácticas y las costumbres, y que numerosas influencias de cada tiempo, exigencias de mayor ó muy diferente cultura y otras causas, explican probablemente aquellos cambios.

De todos modos, ¡cuán grato y cuán laudable será conservar siempre todo aquello que



LIBRO DE ENSEÑO REAL

CRÓNICA DE BURGOS

De los señores de la villa.

Los Cortes de Burgos en Burgos.

Las Burgalesas.

Las Cortes de Burgos.

Remedios Burgalesas.

Burgos en las Comunidades de Castilla.

Educación burgalesa.

De venta en la librería de Hijos de San-

tiago Rodríguez, Paseo de la Flora.

Madrid.

G 34903